



Sing Street, cuando la música toma la palabra

En la década de los ochenta, en un barrio obrero de Dublín, el adolescente Conor (Ferdia Walsh-Peelo) sufre las normas severas y las restricciones de su conflictivo hogar, en el seno de una familia acuciada por los problemas económicos. Para aliviar cargas, el ingenuo Conor debe afrontar un cambio de colegio, a un centro de carácter religioso, donde es recibido con las habituales bromas a los novatos, lo que acrecienta sus problemas de adaptación. Pero el chico tiene su propio mundo, su guitarra, sus ídolos del rock y la determinación de perseguir sus sueños. Intentado atraer a una atractiva chica mayor que él, la Raphina (Lucy Boyton) aspirante a modelo, Conor se marca el farol de que tiene una banda y que necesitan a una cara femenina. Ante la curiosidad de ella, el joven busca a toda prisa crear su propia banda, reclutando chicos del barrio... La falta de conocimientos musicales del grupo no ha de ser un obstáculo, Conor se deja llevar por su peculiar sentido del ritmo y define su intuitiva música como futurista, organizando la precipitada grabación de un videoclip para darse a conocer.

El sello de John Carney

La nueva película de John Carney es fiel al estilo que le identifica, gracias a films como *Once* (2006) y *Begin Again* (2013): melodramas románticos que sirven de punto de partida para una narrativa marcada por su subordinación musical y una brillante y rítmica puesta en escena. Largos videoclips que sirven de soporte a una historia romántica, de rebosante alegría, ímpetus juveniles y contrapuntos emocionales, en entornos callejeros.



Temas amables con cierto aire nostálgico, como en este caso, en un film protagonizado por jóvenes adolescentes, con personajes a contracorriente que luchan por hacer realidad sus sueños que, natural-

mente, nacidos del universo más íntimo y personal de John Carney, tienen que ver con la música. El argumento se convierte en pretexto, como suele ser habitual en la comedia musical, sin embargo se mantienen unas señas de identidad que podemos rastrear en su filmografía: conflictos sentimentales entre personajes que viven por y para su música.

Aun cuando se repiten las fórmulas, es notable la frescura y diversidad de las historias, nacidas de la espontaneidad y perfectamente integradas en sus entornos urbanos, historias callejeras que pasan a la pantalla como si formasen parte de la epidermis de la ciudad, a modo de grafitis musicales, con sus mensajes marginales y reivindicativos, socialmente corrosivos, exponentes de modelos de familias desestructuradas.

El film se inscribe sin ningún género de dudas en el género de la comedia musical, pero el trasfondo social y las connotaciones

biográficas de John Carney añaden aspectos sociológicos de notable interés.



Conor se sitúa a la defensiva respecto a su entorno, no acepta la provocación y reserva sus energías para crear su propio mundo y perseguir sus sueños.

Seguramente el objetivo del cineasta dista mucho de abordar problemáticas sociales, que no están en el punto de mira sino en el entorno, en la contextualización. Sin embargo este contexto ofrece el interés de descubrir a personajes de extracción popular, de un barrio obrero de Dublín, explorando la marginalidad y la efervescencia juvenil, con jóvenes adolescentes hambrientos de futuro. Jóvenes en busca de su propia identidad, en los que trascienden problemas universales identificables de familia, trabajo, educación, desempleo, que encuentran en la música rockera un lenguaje, una fórmula de desahogo, un camino para canalizar sus sueños y sus emociones.



Ferdia Walsh-Peelo y Mark McKenna, dos de los jóvenes actores con los que Carney consigue integrar sus historias con personajes extraídos del entorno urbano.

Historias pequeñas de jóvenes que buscan sus referentes en los héroes del rock, que simbolizan otras formas de vida, otros valores; adecuadas a películas de bajo

presupuesto, que a la universalidad de los temas sentimentales y románticos unen la propia universalidad de la música, que se convierte en el verdadero soporte de la historia.



Todo nace del deseo de un adolescente por conseguir a una chica accesible sólo en sueños...



Como en toda banda hay líderes, pero cada cual aporta al grupo su propia singularidad.

En este caso, la película se inspira y sirve de homenaje a la música de los ochenta, con referencias explícitas: Duran Duran Depeche Mode, Sex Pistols, Steely Dan, The Village People, Génesis, Phil Collins... Con referentes así, la historia fluye con viento a favor y encuentra una portentosa atmósfera musical por la que dejarse llevar.



Un hogar del que salir corriendo.

Este es el punto de partida de Sind Street, que descubre a su personaje protagonista en el seno de una familia trabajadora con problemas económicos. Conor es el pequeño de los tres hermanos. El mayor de ellos, Brendan (Jack Reynor), apasionado por el rock-and-roll, con quien comparte su

pequeño cuarto, es el principal referente del joven Conan, que parece querer seguir el camino y las ideas que aquel le inculca. Este pequeño mundo tiene una ventana prodigiosa y una válvula de escape para canalizar las aspiraciones y los sueños: la pantalla del televisor, principal fuente de información de los éxitos de los grupos del momento, sirve para este juego de mitos y complicidades.

La chica de sus sueños

En una realidad tan sórdida se forjan fantasías de cuento de hadas, por las que escapar de un entorno mezquino, del autoritarismo absurdo de un instituto religioso, del buling de los matones de colegio, en fin, de una vida prosaica, impropia de alguien que quiere crecer, aun antes de tiempo, y romper sus ataduras para volar en busca de sus ídolos.



Esta vez la química entre los personajes la ponen los jóvenes actores debutantes. Del encuentro entre Raphina, una chica mayor que aspira a ser modelo, atractiva e innaccesible, y la candidez del tierno Conan, se genera una historia limpia y asexual, de pandilla de quinceañeros, como un juego de ficción donde todos interpretan los personajes que no son, disfrazados de cualquier cosa, maquillados para representar su rol de estrellas que brillen en el pobre firmamento de las callejuelas, entre cubos de basura, en un rodaje cutre en video doméstico donde todos pueden sentirse en su minúsculo *star system*. Y tirando del relato, la gesta de un muchacho que quiere poner la luna a los pies de su amada innaccesible, de la chica de sus sueños. Esta vez la química que une a los personajes no se llama amor, sino ternura.

Un camino trillado

A partir de su planteamiento inicial, expuestos los objetivos, reclutados los componentes de la banda y puesto en marcha el proceso, tan solo queda trabajar los obstáculos y conducir la historia hacia el objetivo más previsible, buscando un final bonito en sintonía con los sueños de Conan. Aunque el camino parezca trillado y el desarrollo narrativo apenas se aparte de él, no se apaga el interés ni desaparece la magia si el musical sigue funcionando en cada uno de sus números, si el ritmo y la planificación mantienen su sentido escénico y coreográfico, fresco y divertido, con la locura y la anarquía de un videoclip tras otro. Es lo que tiene el género, y lo mismo sucede con las canciones, que obedecen a los ritmos, las reiteraciones, las cadencias: mucho más importante que la historia es crear una letra que conjugue con los acordes, aunque el estribillo se repita, un juego armónico de emociones y empatías, de sinergias visuales y auditivas, en la que la música te transporta y los personajes te hacen partícipe de sus emociones. La película se lo pone fácil al espectador que no busque otra cosa que dejarse llevar por la música.



El encanto de unos jóvenes actores no profesionales y una potente banda sonora son la base del éxito de Sing Street, que repite las fórmula de anteriores films de John Carney.

Once

En su primer gran éxito cinematográfico (*Once*, 2007), también localizado en la

ciudad de Dublin, el encuentro entre un músico callejero y una joven inmigrante checa que vende flores por la calle es también el encuentro entre dos personas que se unen a través de su música.



Los actores de la película, Glen Hansard y Markéta Irglová, son también intérpretes y compositores de la música de un film construido en torno a sus canciones.

Apenas llegamos a conocer nada de sus personajes, más allá de que su flirteo tiene como punto de partida la música que el chico compone y que regala a los transeúntes; ambos parecen destinados a vivir un drama romántico del que se adivina un amor imposible. Personajes extraídos de la marginalidad. Él ayuda a su padre en modesto su taller de reparación de electrodomésticos; ella vive con su madre y una hija de corta edad, separada de un esposo del que no está enamorada. La historia se va desarrollando a través, y como pretexto, de las diferentes baladas románticas.



Como en toda canción, basta un motivo, un desencuentro, un encuentro, una mirada, una sensación... En este caso, una historia breve apenas apuntada, un desengaño amoroso, una pareja en desamor con una niña de corta edad y una sucesión de encuentros que no son sino el contexto dramatizado de lo esencial, que es la música. Debe decirse sin ningún matiz

peyorativo: un entorno dramático para unas buenas canciones justifican, por qué no, una película argumentalmente esquemática, soportada por la química de la pareja protagonista, pero musical y visualmente poderosa, interpretada con autenticidad por los dos músicos compositores de las canciones, Glen Hansard y Markéta Irglová. Los numerosos premios y reconocimientos a la banda sonora del film así lo atestiguan.

Begin Again

La fórmula se repite al otro lado del charco, esta vez en Nueva York, en *Begin Again* (2013), el film estadounidense de John Carney, con parecidos resultados. Una joven apasionada por la música (Keira Knightley) tiene menos suerte en su prometedora carrera que su novio desde la adolescencia (Adam Levine), cuyo éxito les distancia, cuando entra en escena un fracasado productor discográfico (Mark Ruffalo) necesitado de descubrir una nueva estrella.



La relación musical entre ambos encierra una predecible historia romántica, a partir de la desastrosa vida familiar del productor, divorciado y en difícil sintonía con su hija, adolescente, evidenciando una vez más, modelos de familia desestructurada, caldo de cultivo para redescubrir emociones y trasgredir los roles tradicionales.



Siguiendo el sello de las historias de John Carney la fuerza dramática se basa en la química que surge entre los personajes a

partir de encuentros fortuitos y en la música como un edulcorante que acompaña sus historias. Como sucede habitualmente en las canciones, la música es la razón de ser, y la historia el pretexto, sin embargo esta vez el reparto profesional, con estrellas de Hollywood, eleva el nivel de la película, al menos de cara al mercado. Pero también, considero, de cara a la elaboración de unos personajes con calado emocional que, a juzgar por el éxito en taquilla de la película, conquistan al público. Esta vez no es sólo por las canciones, aunque la música sigue siendo lo más destacable, el principal ingrediente cinematográfico de un melodrama edulcorado.



Al margen de que el propio cineasta dejara trascender cierta decepción por el trabajo de la actriz¹, la profesionalidad de Keira Knightley está suficientemente acreditada y contrastada en importantes papeles interpretados a lo largo de su carrera. Tal vez la poderosa personalidad de la actriz pudo chirriar al cineasta, de cuyas declaraciones se deduce una cierta insatisfacción por su interpretación o su forma de trabajar respecto al personaje que inicialmente había imaginado; pero visto el resultado final, lejos de percibirse como una distorsión, a mi juicio, puede verse como un elemento novedoso y descontrolado dentro de los mundos cerrados donde todo obedece al capricho o al arbitrio de una sola persona. La interpretación de Keira Knightley es uno de los principales atractivos de la película, un personaje infiltrado desde el universo de Hollywood que se sale del cliché preestablecido por el

director, acostumbrado a trabajar con actores jóvenes y desconocidos; pero Keira está en perfecta sintonía, a la altura y en equilibrio, con Mark Ruffalo, y aporta el personaje el encanto de una cierta displicencia, una anarquía que es muy de agradecer.



Una estrella fuera de su órbita, que brilla con luz propia, por encima incluso del universo Carney; que aporta al personaje expresividad, determinación y el atractivo emocional y físico, incuestionable, de Keira.

Tal vez la actriz compuso un personaje algo diferente a lo que su director hubiese deseado; es quizás por eso más atractivo para una gran parte de los espectadores, entre los que me encuentro. Como suele decirse, para gustos están los colores.

Más allá de la crítica, el cine

Y para concluir volvamos a *Sing Street*. Con toda probabilidad muchas de las singularidades y los talentos del cineasta tienen que ver con esa fidelidad a su estilo, a su forma de crear y contar sus historias a través de la música, sin dejarse contaminar, ni perseguir, creo, el elogio de la crítica, a la que hace muy pocas concesiones.



¹ Posteriormente presentó disculpas:
<https://www.theguardian.com/film/2016/jun/01/john-carney-keira-knightley-apology-begin-again-comments>



Acostumbrados a multitud de películas que parecen pensadas para complacer la mirada supuestamente exquisita y entendida de los críticos, con juegos narrativos complejos, simbolismos implícitos y significados reprimidos u oscuros, John Carney construye sus películas con admirable simplicidad y sentido del ritmo, despreciando cualquier observación sobre la previsibilidad o superficialidad de sus personajes. Como en esas canciones en las que lo importante es que resulten sencillas y las tararee todo el mundo. Escribe películas con las pautas del cantautor que hace simplemente su música, y esto las hace personales, sinceras, arrogantes, singulares, talentosas, diferentes...



Título original: Sing Street

Año: 2016. **Duración** 105 min.

Director: John Carney

Guión: John Carney y Simon Carmody

Música: The Cure, A-ha, Duran Duran, The Clash, Hall&Oates, Motörhead, Spandau Ballet, The Jam

Fotografía: Yaron Orbach

Reparto:

Ferdia Walsh-Peelo, Lucy Boynton, Jack Reynor, Aidan Gillen, Maria Doyle Kennedy, Don Wycherley, Kelly Thornton, Kyle Bradley, Lydia McGuinness, Mark McKenna, Pádraig J. Dunne, Ian Kenny

Productora: The Weinstein Company / Cosmo Films / Distressed Films / FilmWave

<http://www.imdb.com/title/tt3544112/>

<http://www.filmaffinity.com/es/film165747.html>